

PRÓLOGO

Este número de la Revista Chilena de Antropología, el decimotercero de la serie, también bianual –1995-1996– como el anterior, y que ahora se publica dieciocho años después del primero, mantiene, y en cierta medida acrecienta, la línea multitemática holística que ha caracterizado a esta revista desde el año 1978, lo que constituye un motivo de bien ganada y legítima satisfacción para quienes han sido los responsables de su existencia editorial; porque, verdaderamente, esta particularidad integradora de disciplinas antropológicas, en el grado que la tiene la Revista Chilena de Antropología, no la posee hoy ninguna otra de su mismo género, y porque de esta manera se cumple la vieja y siempre renovada aspiración de los estudiosos de las ciencias humanas, de compartir un espacio común y de relacionar directa o indirectamente sus esfuerzos a través de investigaciones en múltiples áreas, en todas las cuales el eje del comportamiento cultural y social les confiere unidad y cohesión.

Esta vez, no sólo se alcanza, con notable evidencia, una diversidad de contenidos del todo universal que busca la antropología y una interacción de métodos y técnicas para su organicidad científica, sino también una comprobación de la fuerza y riqueza de los datos empíricos que se obtienen en la etnografía del trabajo de campo, para elaborar hipótesis en el ámbito de una u otra teoría, realizar descripciones, análisis y generalizaciones, y proponer formas de comprensión de los sistemas socioculturales vigentes, o yacientes en los vestigios que atañen a la Arqueología.

En este número hay una marcada presencia del simbolismo en la cultura, proveniente de las consideraciones sobre arte y poder en el mundo andino, de Victoria Castro y Francisco Gallardo; de las interpretaciones de elementos icónicos planteadas por María Ester Grebe respecto de distintas etnias de origen prehispánico, de la aproximación general antropológica al arte que hace Michel Romieux, y de la relación entre expresiones musicales-coreográficas y estado de conciencia, en el marco de ceremonias festivas, que da a conocer Claudio Mercado.

A estos cuatro trabajos se añaden otros cinco que confirman la multi e interdisciplinariedad destacadas al comienzo de este prólogo, en circunstancias de que en sí mismos algunos de ellos dan testimonio de la utilísima auxiliaridad recíproca de las ciencias para el entendimiento del fenómeno humano.

En efecto, después de las reflexiones de Mario Orellana en torno al pensamiento de L.R. Binford, de innegable relevancia para una discusión acerca de las

modernas corrientes de la Arqueología; el artículo de Fernanda Falabella, Eugenio Aspillaga, Roberto Morales, M. Inés Dinator y Felipe Llona, basa sus resultados sobre una interacción de la Arqueología con la Antropología Física, con el uso de eficaces técnicas analíticas; el de Andrea Seelenfreud reitera la vinculación de la Etnobotánica con manifestaciones culturales del dominio de los estudios arqueológicos; el de Mario Rivera corrobora los nexos de la Arqueología con la Etnohistoria y nos lleva a un asombroso pasado de la existencia y empleo de rutas del área andina en el siglo XVIII, y el de Manuel Dannemann resume la tarea que efectúa el programa de desarrollo de identidades culturales de la Universidad de Chile, con énfasis en la Antropología Social Aplicada.

El Departamento de Antropología lamenta la muerte de tres de sus profesores: Domingo Curaqueo, Juan Munizaga y Claudio Massone.

Los dos primeros son recordados a través de esta revista por sus colegas Michel Romieux y Eugenio Aspillaga, respectivamente. El fallecimiento del profesor Massone se produjo cuando este número se hallaba en prensa y ya no era posible incluir un merecido homenaje a su persona y labor académica, lo que se hará en el N° 14.

MANUEL DANNEMANN
Director y Editor